

A N C O R A

SAN FELIU DE GUIXOLS, 27 DE JULIO DE 1950



Colores, notas y esperanzas...

"En el comienzo de un día de asueto todas las cosas son posibles".

Ch. Morgan.

Agosto... Tiembla la campana mañanera místicas invitaciones al Santo Oficio, y a la vez ríe el bronce la promesa de un alborozo que se inicia. Con sus ecos queda un nuevo cuajo de azul en el cielo y una ventana abierta...

Crepita el aire en una orgía de vibraciones. Bulle la ciudad, y resuma, en cascada, ardientes actividades. Y nuestra Fiesta Mayor vuelca en los espacios un infinito torrente de sonos y enciende las antorchas de empenachadas llamas, veteadas con la gama de todos los colores. Como toda fiesta, ella nos brinda el reposo de un cansancio que no nos es habitual, un alto en el camino de trabajos sabidos y contados. Y, por propio y señero privilegio, se define en límpidos esfuerzos de gentilezas y en amplio y generoso envite de hospitalidades.

Llegan amigos a nuestras casas, y acuden a la ciudad forasteros. Todo se apresta a recibirlos en la alegría, sin nombre, de la Fiesta.

Por doquier, un ajeteo desusado... En los hogares, en las calles...

En la plaza del mercado, durante toda la mañana, vendedores y compradores parlotean con voz aguda y gesticulan con, no menos, agudos ademanes, llenándola de nerviosos optimismos y de sabrosas esperas. Volatería y frutas, en profusión, escogidas, alborotan como manchones de color un cuadro, de ordinario, mudo y gris. Desde una cesta o entre los pliegues de un pulido delantal asómase el gallo de más vistosas plumas y de más arrogante cresta, chillando su «adiós», lleno de protestas. El gañir de los pintados patos y de los cebados gansos, amasijos de plumas blancas, saturan el aire, cargado ya, de algarabías.

Por los paseos y desde las terrazas o bajo los mismos árboles, que los festonean de flecos verdes, salen las notas de «coblas», orquestinas y burgas en locos enjambres de zumbido estridente y enervador. Entoldados, parasoles y estampados y telas vivas de vestidos veraniegos van adentrándose, sin traición, en nuestros ojos como policromas cuchilladas, dejando heridas excitantes.

A lo lejos, el mar, casi olvidado, canta rizos de algodón y espuma sobre el letargo de sus aguas.

Y el sol, dueño y señor de la última pincelada, regio y hierático pone—a su antojo—dorados galones, irisadas y grecianas bandas en el encalado tapiz de las paredes y en la monótona alfombra de las calles; mientras, la gente—chicos y mayores—trenza arabescos de danza en su insólito deambular.

Cuando, al anochecer, intenta el sol arrastrar los colores a su ocaso, se encienden ellos con renovado brío, cambiantes, en el maravilloso disfraz que les presta el fulgor de miles de

focos incandescentes, prendidos en la arboleda o semi-ocultos bajo el alero de los tejados, Guirnaldas de extrañas flores, sin forma, con una única esencia de luz,

Son noches que no saben de silencios...

Redoblan los sonos, se agudizan las notas, y los no-dormidos colores ahuyentan—más que los ruidos persistentes—el propio sueño y la tibia tentación de la almohada.

Solamente, luna y estrellas, sumidas en misterio de incomprendiones, cierran sus párpados; y queda negra, escandalosamente negra, la bóveda lejana de un cielo que se quedó sin noche a los compases de la Feria.

Nadando en la riada de festejos uno se siente embriagado de ingravidez, abrazado a las ondas de tanto destello, e inmerso en la magia de fáciles musiquillas... Embriagado sin vinos, excitado sin adulterados acicates, alegre sin motivo y optimista sin razones. Gozando...

Y, quizás, en este pleno gozar de simples intrascendencias, y en la sana alegría de recorrer sendas de puras tradiciones reside el gran secreto para salvar la realidad del «amable vivir», aparentemente, engullido en el caos de sangrientas guerras y en la opaca vida subsiguiente, repleta de una fiebre de prisas y de rutinas utilitarias y, también, del frío de unas tristes ideas «standardizadas». Pues, el aprehender la bondad oculta en cada cosa, el saber reposar en ella y el sentir el deleite de gráciles menudencias son dulces placeres, alados, que nos colman de la más pura felicidad. Y aunque estos placeres no trascienden en el campo de las emociones épicas, ellos pueden dar a nuestras vidas un tibio sabor de humanidades y un goce amable y elemental, urgentemente necesarios en la angustiada atmósfera que nos oprime, y que se nos han hecho extraños, perdidos en un tiempo sin espacio.

La gente de hoy, huraña, desabrida, casi no sabe de tales deleites. Sus supuestas diversiones son intentos estridentes de olvido, esporádicos y espaciados; cuando la verdadera diversión debiera ser consciente, sabiamente sutil, y sobre el mismo camino de un ordenado y grato vivir de pequeñeces.

Si por empezar un asueto, envueltos en el milagro de una promesa de fiesta, sentimos, también, la posibilidad de todas las cosas—como la sintieron otros—, remocemos la arcana «douceur de vivre», que, pese a las durezas e incongruencias de una época, puede seguir subsistiendo; y hagámoslo con el convencimiento de que la raíz de este vivir reside en la intimidad de cada ser y que no puede ser pasto de circunstancias más o menos hostiles.

Por este favor, por esta esperanza, que se nos brinda, loa a las Fiestas Mayores ¡Ensalcémoslas, viviendo la nuestra!

L. d'Andraitx